

ROMANCE SEGUNDO

Don Antonio de Fonseca,
Caballero de alta ley,
De los católicos reyes
El noble embajador es,
Que al rey de Francia acompaña
Y le sigue por doquier;
Y avisado por el Duque
Viene en el momento aquel.

Preséntase con modestia,
Pero con el rostro, que
Cara de pocos amigos
Llama el vulgo, y llama bien.

Al verle con fatuo orgullo
El cristianísimo Rey,
Que da al vicario de Cristo
A gustar vinagre y hiel,

Con miradas de desprecio
Y con gesto de altivez,
«Oh caballero, le dice,
Llegais en buen hora, pues

»El venerable Legado
Me habla, y el Duque tambien,
De un tratado con España,
Que lo que encierra no sé.»

«Señor, responde Fonseca,
¿Cómo ignorarlo podeis,
Cuando en Perpiñan, vos mismo
Pusisteis la firma en él,

»Y debajo el régio sello
Puso vuestro canciller?...
Mas puesto que lo olvidasteis,
Escuchadme, os lo leeré.»

Y sacando de su seno
Un abultado papel,
Con respeto y con firmeza
Fonseca empezó á leer.

Cuando un artículo habia
Favorable al interés
De la corona de Francia,
Exclamaba al punto el Rey:



«Es muy válido, recuerdo
Que en Perpiñan lo firmé.
Ese artículo, Fonseca,
Os ofrezco mantener.»

Pero cuando otro escuchaba
Interesante tambien
O al decoro de la Iglesia
O de Castilla al poder:

«Dadme el tratado, decia,
Dádmelo, Fonseca, pues
Si eso firmé lo desfirno,
Que enmendar un yerro es bien.»

Y las cláusulas borrando,
Con menosprecio y desden
El pliego le devolvía
Diciendo: «Seguid, leed.»

Al fin llena la medida
Del sufrimiento cortés,
Don Alonso de Fonseca
No se pudo contener,

Y: «Rey de Francia, prorumpe,
Si mojaros pretendéis
De mí, que soy caballero,
De mi patria y de mi Rey,

»Vive Dios que á tolerarlo
No estoy yo dispuesto; y pues
Borraís lo que no os conviene,
Borro y anulo tambien

»Lo que es á vos favorable,
Rompiendo el tratado, ved.»
Y desgarrando valiente
El respetable papel,

Tiró los rotos pedazos
Del rey de Francia á los piés,
Y calándose el sombrero
Sin hacer vénia se fué.

Y con la mano en la espada
Atravesando un tropel
De alabardas y ballestas
Salió del campo francés.

LA BUENA-VENTURA

ROMANCE PRIMERO

LA CITA



Lumbreras de un lindo rostro,
Vivaz, gracioso y moreno,
De las cercanas paredes

De un edificio frontero,
En cuyos sillares blancos
Daba la luna de lleno,

Descubriendo tres balcones
Con barandales de hierro,
Debajo dos rejas grandes
No muy lejanas del suelo;

Y cerrada una ancha puerta,
Sobre la que tiene asiento
Un noble escudo de mármol
Guarnecido de arabescos.

La anchura de aquella calle,
En realidad corto trecho,
Era espacioso teatro,
Mejor diré, campo inmenso

De fantásticas escenas,
De mil extraños sucesos,
Indecisos y confusos
Como figuras de un sueño,

Que claramente veía
La imaginacion de fuego,
Y la mente arrebatada
De aquel gallardo mancebo.

De Salamanca las ciencias,
Los doctores y los ergos
Que atrás deja, ve delante,
Y su pobre hogar á un tiempo.

Y ve los campos de Italia,
Aunque nunca estuvo en ellos;
Mas á do quiere ausentarse,
De ambicion de gloria lleno;

Y ya se juzga soldado,
Y ya se halla en los encuentros,
Y mira reyes cautivos,
Y ve ejércitos deshechos;

Y naciones conquistadas,
Y á sus piés tronos y cetros,
Montes de oro y de laureles,
Anchos mares, mundos nuevos:

Y todo lo ve, que todo
Cuanto abraza el pensamiento
Lo ven, y lo ven palpable
Las almas de privilegio.

Era en punto media noche,
Y reinaba hondo silencio
De Medellín en la villa,
Sumergida en dulce sueño.

Desde un trono de celajes
Nacarados y ligeros,
Cándida, apacible luna
Brillaba en el firmamento:

Sobre el pardo caserío
Derramando sus reflejos,
Como sobre los sepulcros
De un tranquilo cementerio.

Y en una desierta calle,
Donde sus claros destellos
Una mitad alumbraban,
La otra en sombras confundiendo,

Estaba en la parte oscura,
Receloso y encubierto,
Un noble jóven gallardo,
No muy alto, aunque bien hecho.

Ropon y loba vestía,
El uno y el otro negros,
Traje propio de que usaban
Escolares de aquel tiempo.

De su cintura pendía
Una espada de Toledo,
Y un laud con ambas manos
Apretaba contra el pecho.

Los ojos no separaba,
Vivos, rasgados, de fuego,

Mas de todo cuanto mira
Como en borrosos bosquejos,
Como las mudables formas
De nubes que rompe el viento;

Es el primer personaje,
Es el más distinto objeto,
Es reina y reguladora,
Y sol de sus pensamientos,

La modesta doña Elvira,
De Medellín embeleso,
Y á quien guardan las paredes
Do los ojos tiene puestos.

Para ella sueña sus glorias,
Para ella anhela trofeos,
Para ella quiere tesoros,
Que está enamorado ciego.

Y sin los lauros y bienes
Que no quiso darle el cielo,

No puede con ella unirse,
Que es pobre, aunque caballero.

Tambien teme á un poderoso
Rival, ignorante y necio,
Pero que ganó en la guerra
Tesoros é ilustres premios.

El que al padre de su amada,
Codicioso como viejo,
Con sus riquezas y honores
Tiene cautivado el seso.

Mas en vano teme, el jóven
Es de doña Elvira dueño,
Pues esperándole, inquieta,
Aún está fuera del lecho.

Y en cuanto la seña escuche,
Saldrá, su cita cumpliendo,
A ofrecerle ser su esposa
Y á jurarle amor eterno.

ROMANCE SEGUNDO

LAS CUCHILLADAS

Diz que en cuanto el gallo canta
Desparecen de improviso
Los aquelarres de brujas,
Los fantasmas y vestiglos;

Así desaparecieron
Las escenas ó delirios
A que la mente del jóven
Daba vida en aquel sitio,

De un gallo al sonoro canto,
Que al momento repetido
Por otros que parecían
Los ecos de aquel recinto,

Al soñador recordaron
Que allí tan sólo ha venido,
De un *adios* tierno de amante
A padecer el martirio.

A exigir una palabra,
Y á ofrecer un plazo fijo,
Que con segura esperanza
Le dé aliento en los peligros.

Vuelto en sí, pulsa las cuerdas,
Y á sus acentos sentidos
Canta una letra amorosa
Con tono dulce y sumiso.

Al punto, cual si el acento
Que dió vida y regocijo
A las auras de la noche,
Fuera conjuro ú hechizo,

De una reja las maderas
Abrense en el edificio,
Que el mancebo contemplaba,
Y queda un cuadro sombrío,

Do aparece un bulto blanco,
Cuyos contornos divinos
Resaltaban en lo oscuro
Por la luna esclarecidos.

El amante la guitarra
Suelta, y fuera de sí mismo
Corre á la dorada reja,
Abraza los hierros frios:

Y en una mano de nieve,
Que uno de ellos tiene asido,
Éstampa labios de fuego
Por la pasion encendidos.

Balbuente, temeroso
Como enamorado fino,
Que ser amor elocuente
De ser falso es claro indicio,

Iba á pedir que dos años
Le conserven fe y cariño,
Que en ellos ganar espera
Pingüe estado y nombre digno;

Cuando (siempre los amantes
Han de tener enemigos,
Que en los mejores momentos
Truequen la dicha en martirio)

Cuando á lo léjos resuena
Un alarmante ruido,
Que á los dos enamorados
Sobresalta de improviso.

«Retírate, dice el jóven,
Quede tu decoro limpio,
Que yo tornaré á tus plantas
Sin importunos testigos.»

«Nada temas, seré tuya,»
Entre sollozos le dijo
Su amada, y cerró la reja
Dejando abierto un resquicio.

Quiere el mancebo alejarse,
Mas no puede sin ser visto,
Y no es hombre que la espalda
Sabe volver al peligro.

Tres bultos mira en la calle
Que á él dirigen su camino,
A dos quedarse ve luégo
En no muy distante sitio,

Y al tercero aproximarse
A paso largo y altivo,
Resplandeciendo la luna
En su pomposo atavío.

Al Comendador conoce
Que volvió de Italia rico,
Y que á su Elvira pretende
Con impertinente ahinco.

Mucho celebra el encuentro,
Y sólo le pesa el sitio;
Pero ya arrestado á todo,
Le espera firme y tranquilo.

El Comendador le dice,
A diez pasos dando un grito:
«Retiráos de aquí, estudiante,
O mi espada os hará añicos.»

«Otra tengo yo en la mano
Que á ese insulto dé castigo,»
Dice el mancebo, y se arroja
Como rayo desprendido

De las nubes. Los aceros
Relampaguean, y vivo
Arde el combate, lidiando
Sin hablar, cual bien nacidos.

De un leve rasguño tiene
El jóven su rostro herido;
Del contrario el pecho roto
Lanza ya de sangre un rio;

Y perdiendo va terreno,
Vacilante, cuando un silbo
Da, y vienen espada en mano
Los otros dos á su auxilio.

El jóven, como valiente,
Desprecia á los asesinos,
Y dejando ya en la tierra
Al Comendador tendido,

Carga á los dos y los hiere,
Y los pone en tal conflicto,
Que rápidos como el viento
Buscan en la fuga asilo.

El vencedor reconoce
De su victoria el peligro,
Y á su casa se retira,
Pobre solar, aunque antiguo,

Y que tambien noble escudo
Ostenta en el frontispicio
De la puerta, de que lleva
La llave falsa consigo.

A don Martin, su buen padre,
Anciano de hidalgo brio,
Encuentra sobresaltado,
Receloso y discursivo:

Que del mancebo en la mano
Viendo el hierro en sangre tinto,
«¿Qué has hecho, Hernando?» le dice,
Y contéstale su hijo:

«Al Comendador he muerto,
Dando á un insulto castigo,
Que el honor que tú me diste
Ha de estar como el sol, limpio.»

«Válgame el cielo (prorumpo
El noble anciano), preciso,
Aunque Hernando, yo no dudo
Que con razon has reñido,

»Es el ponernos en salvo,
Que es inminente el peligro,
Siendo poderoso el muerto
Y nosotros desvalidos.»

«Partiré al momento á Italia,
Cual estaba decidido,»
Dice Hernando; mas el padre
Prudente responde: «Hijo,

»De las glorias de la Italia
Ya te has cerrado el camino:
El Comendador en ella
Del Rey ha estado al servicio;

»Del ínclito don Gonzalo
Era deudo y favorito,
Y allá ha dejado parientes
Con honra y con poderío.»

«Pues á las Indias, el jóven
Dice, á marchar me decido;»
Y algo extraordinario y grande
Brilló en su rostro al decirlo.

ROMANCE TERCERO

EL EMBARCO



En la iglesia de San Pedro,
Una de las más antiguas
Entre las muchas insignes
De la opulenta Sevilla,

A las seis de la mañana
Se está diciendo una misa,
Porque Dios dé buen viaje
A un jóven que va á las Indias.

Es el gallardo extremeño
A quien hace quince días
Que de Medellin, su patria,
Arrojó su valentía;

Y que en una gruesa nave
Debe aquella tarde misma
Despedirse de la Europa
A buscar remotos climas.

Y con don Martin, su padre,
Junto al altar, de rodillas,
A San Pedro se encomienda
Y al cielo le pide dicha;

En el traje de soldado
Mostrando tal gallardía,
Que del devoto concurso
Tiene la atencion cautiva.

Terminado el sacrificio
Recibe la Eucaristía,
Resplandeciendo en su rostro
El entusiasmo y fe viva.

Vuelve á la humilde posada
Que era en la Borcinería,
Hostalaje de un morisco,
Estancia pobre y mezquina.

Y así le dijo su padre,
Cuyas áridas mejillas,
Lágrimas de desconsuelo
Quemaban y humedecian:

«Hernando, Hernando, hijo mio,
A tierras lejanas vas,
Donde nunca olvidarás
De mi noble sangre el brio.

»Cual cristiano y caballero
Teme á Dios, guarda su ley,
Sirve con lealtad al rey,
Sé devoto y sé guerrero.

»Nunca des á la codicia
En tu hidalgo pecho entrada,
Flaqueza vil, que degrada
El cuerpo, y el alma vicia.

»Sé á tus cabos obediente,
Afable á tus compañeros,
Y sin bravatas ni fieros
En el peligro valiente.

»En los trabajos sufrido,
Moderado en la ventura,
Con generosa cordura
No estés vano, ni abatido.

»Del malo te apartarás,
Únete siempre á los buenos,
Que si no ganas, al ménos
Con ellos no perderás.

»Si llegas á obtener mando,
Manda con moderacion,
Pero solo, y con teson
Hazte obedecer, Hernando.

»Que al que manda descortés
O por ajena influencia,
O no exige la obediencia,
Para el mando inútil es.

»Tolera disimulado,
Aunque te haga padecer,
Agravio que no ha de ser
Plenamente castigado.

»Reparte con discrecion
La recompensa y castigo,
Y al derrotado enemigo
Trata con moderacion.

»Resuelve con madurez,
Mas resuelto, nada ataje
La ejecucion; aventaje
Al rayo en su rapidez.

»La santa fe que profesas
Extender, y de tu rey

Los dominios, sea la ley,
Hernando, de tus empresas.

»Y no tengas duda alguna
De que si lo haces así,
Siempre irán en pos de tí
La victoria y la fortuna.

»De tu noble inclinacion
Mucho espero, mucho fio,
Basta; abrázame, hijo mio,
Recibe mi bendicion.»

La escena tierna, y sublime
Dolorosa despedida
Que pasó entre el hijo y padre
No es posible describirla.

De momentos tan solemnes
Los afectos de familia,
Los pensamientos y penas
Se sienten, mas no se pintan.

Al fin, como breve sueño,
Pasó rápido aquel día,
Los tristes y los alegres
Al mismo paso caminan.

El sol entre nubes de oro,
De un cadáver comitiva,
A la tumba del ocaso
Con majestad descendía.

Cuando la pieza de leva
Dió el trueno de la partida,
Del Guadalquivir soberbio
Retumbando en las orillas;

Ya del arenal la puerta
El padre y el hijo pisan,
Y hácia la torre del Oro
Mudos de dolor caminan.

Magnífica era la escena,
Soberbia la perspectiva,
Espectáculo grandioso
El que deslumbró su vista:

Cubierto el rio de naves
De mil naciones amigas
Con flámulas, gallardetes,
Banderolas y divisas

Donde espléndidos colores
Con el sol poniente brillan,
Donde se mecen las auras,
Donde retozan las brisas.

Ambas márgenes cubiertas
De cuanto la Europa cria,
De cuanto el arte produce,
De cuanto ansia la codicia.

De armas, víveres, aprestos,
Fardos, cajones y pipas,

De extraordinarias riquezas,
De varias mercaderías.

Y en las naves y en las barcas,
En los muelles y marismas
Y en arenal, alameda,
Muro, almacenes, garitas,

Un enjambre de vivientes
De todos reinos y climas,
De todos sexos y clases,
De todas fisonomías.

Del grande español imperio
Hombres de todas provincias,
Y de todas las naciones
Que la Europa sábia habitan.

Moros, moriscos y griegos,
Egipcios, israelitas,
Negros, blancos, viejos, mozos,
Hablando lenguas distintas.

Mercaderes, marineros,
Soldados, guardas, espías,
Alguaciles, galeotes,
Canónigos y sopistas,

Caballeros, capitanes,
Frailes legos y de misa,
Charlatanes, valentones,
Rateros, mozas perdidas,

Mendigos, músicos, bravos,
Quincalleros y cambistas,
Galanes, ilustres damas,
Gitanas, rufianes, tias:

Todo bullicio tan grande,
Tan extraña algaravía,
Tal confusion de colores,
Tal movimiento y tal vida,

Ofreciendo bajo un cielo
Como el cielo de Sevilla,
Que era un pasmo de la mente,
Un cuadro de hechicería.

Tras de la torre del Oro,
Mientras don Martin activa
El embarco, maldiciendo
Gabelas y socaliñas,

Hernando sueña despierto,
Y pensando en doña Elvira,
Embebido en lo pasado,
Presente y futuro olvida.

Llamó su atencion de pronto
Una voz ágría y ronquilla
Que le dice:—«Caballero,
Por Dios una limosnita.»

Vuelve en sí sobresaltado,
Y delante de sí mira
Una miserable vieja
De extraña fisonomía.

Un rostro innoble y siniestro,
 Seco, como de ceniza,
 Con dos penetrantes ojos,
 De fuego que muere chispas,
 Descubre entre sucias tocas
 Que rojo manto cobija,
 Sobre un traje de anascote,
 Hecho á desgarrones tiras.
 Y en el todo de aquel ente
 Algo raro se veía,
 Reunion de astucia, ignorancia,
 Imbecilidad, malicia.
 Para darle algun socorro
 En la escarcela registra,
 Y miéntras le da un cornado
 Dice la bruja ladina:
 «¡Qué lindo y gallardo jóven!
 Si se embarca para Indias,
 La buena-ventura puedo
 Decirle, que sé decirla.»
 Hay en la vida momentos
 Que la mitad de la vida
 Por columbrar lo futuro
 Se diera con alegría.
 Y Hernando, aunque con desprecio
 Contempla aquella estantigua,
 La mano diestra le ofrece
 Puesta la palma hácia arriba.

La vejezuela la toma,
 Un momento la examina,
 Y ora las cejas arquea,
 Ora amaga una sonrisa;
 Y al fin se estremece, tiembla,
 Echa fuego por la vista,
 Y: «¡Qué estoy mirando, cielos!»
 Cual energúmeno grita.
 Expresion rara y terrible
 Su muerto semblante anima;
 Crece, y convulsa le crujen
 Los huesos y las canillas.
 Y: «¡Oh mancebo generoso!
 Exclamó, ¡qué de inauditas
 Glorias y hazañas te esperan!
 ¡Qué de triunfos en las Indias!»
 «Tiembla el infierno, ¡tu espada
 Cuántos tributos le quita!...
 Ve ufano... De contemplarte
 El cielo se regocija...
 «Emperadores y reyes
 Te doblarán la rodilla.
 Cual prodigios, cual portentos
 Verá el mundo tus conquistas.
 «Tu huella hundirá naciones
 Las más guerreras y ricas,

Como del pastor la huella
 Hunde vivares de hormigas.
 »Con montes de oro y laureles
 Los astros allá te brindan.
 Eterno será tu nombre,
 Inmortales tus fatigas.
 »Vuela; el sol de un Nuevo-Mundo
 Serás...» No pudo sufrirla
 El jóven tiempo más largo,
 Juzgando la retahila
 Cosa á todo aventurero
 Por aquella bruja dicha,
 Para sacar recompensa
 Más abundante y opíma.
 Y la interrumpe, y le dice:
 «Sólo quiero que me digas
 Si seré tan venturoso
 Que regrese á estas orillas.»
 Quedó suspensa la vieja,
 Muda en él los ojos fija,
 Pero apagados; su rostro
 Se seca, se desanima;
 Y con la expresion siniestra
 De una sardónica risa,
 «Volverás... sí... le responde,
 Que volver es tu desdicha;
 »Volverás... sí... de seguro...
 El sol se va y vuelve... mira...»
 Y con una enjuta mano
 Y un dedo que parecia
 El de la terrible muerte,
 En rara actitud le indica
 A Castilleja, por donde
 El rojo sol se escondía.

El jóven á Castilleja
 Torna de pronto la vista,
 Como obediente al mandato
 De la mano imperativa;
 Y ve que una parda nube
 Que imitaba las cortinas
 De un rico dosel, tomaba,
 Por el ambiente movida,
 De un gran féretro la forma,
 Circundado de amarillas
 Candelas, y en cuyo seno
 Del sol el cadáver iba.
 Vago terror siente Hernando,
 Los cabellos se le erizan,
 Y por algunos momentos,
 Hecho mármol, ni aun respira.
 La mano del tierno padre,
 Su voz grata y sus caricias,
 Diciendo: «Llegó la hora,
 Vamos, y Dios te bendiga,»

Le tornan en sí; anheloso
 A la bruja ó Pitonisa
 Busca, mas la busca en vano;
 Desaparecido había.
 Acaso entre aquella turba,
 Do era imposible seguirla,
 Otras limosnas demanda,
 Otros casos pronostica.

Se abrazan al pié del muelle
 El padre y el hijo; pisa
 Este la ligera lancha,
 Que al punto huye de la orilla.
 Llega á la nave; la nave
 Trinquetes y gaviás iza,
 Y corta pomposa el rio
 Entre universales vivas.

ROMANCE CUARTO

CONCLUSION

Este Hernando, este mancebo
 Era Hernan-Cortés: su nombre,
 Gloria la mayor de España,
 Asombro y pasmo del orbe,
 Lo dice todo. Un imperio
 De cien guerreras naciones
 Descubrió, y rindió su lanza
 Con seiscientos españoles.
 Vuelto á la patria, por premio
 Ingratas persecuciones

Su corazon destrozaron,
 Rompieron su pecho noble.
 Y aquí en Castilleja, lleno
 De desengaños atroces,
 Rindió á su Criador el alma
 Que tan grande concedióle;
 Sin que despues haya visto
 El ábsortó mundo un hombre,
 Que de Hernan-Cortés al lado
 La historia imparcial coloque.

Sevilla, 13 julio 1838.

